



DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

LECCION III.⁽¹⁾

DIVISION TERRITORIAL POPULAR. Conocida la division territorial *civil*, fácil nos será conocer la *popular* que, como hemos dicho, es importante para conocimiento de la historia de España.

La Mancha es una vasta extension de país, la mayor parte enclavada en la provincia de Ciudad-Real, áun cuando tambien se llaman *manchegos* algunos pueblos de las de Toledo, Cuenca y Albacete.

Las Alpujarras son una region muy montañosa de las provincias de

Granada y Almería en la costa del Mediterráneo. Este país es muy notable en nuestra historia.

La Serranía de Ronda es tambien otro país montuoso en el límite occidental de la provincia de Málaga lindando con la de Cádiz.

El Condado de Niebla forma una parte de la provincia de Huelva. A sus habitantes les llaman en Sevilla (1) *Serranos*.

La Alcarria es un territorio de Castilla la Nueva. Pertenece á él la mayor parte de la provincia de Guadalajara.

(1) Más bien son capítulos que lecciones; pero les damos este nombre porque encierran enseñanza elemental. Por lo demás, si alguien de ella se quiere aprovechar, puede subdividir las lecciones como guste.

(1) En la leccion 11 designamos á Sevilla entre las provincias marítimas, porque entran en ella grandes buques, por su rio: en realidad pudiera llamarse *fluvial*, y es la única.

La Rioja se divide en *castellana* y *alavesa*, y es una fértil comarca que comprende la provincia de Logroño y una parte de la de Alava.

Sierra de Cameros y Cameranos se llaman los pueblos que se hallan en las laderas y valles del país quebrado que lleva aquel nombre en la provincia de Soria.

La Montaña es el nombre que se da á la mayor parte, ó más bien á toda la provincia de Santander, puesto que los de la misma capital se llaman *montañeses*, no obstante ser costeros.

Pasiegos son los naturales de los pueblos del *Valle de Pas*, entre las provincias de Búrgos y Santander.

La Maragatería es la reunion de pequeños pueblos, cuyos naturales se llaman *maragatos*, y que habitan en el antiguo reino de Leon, en sus linderos con Galicia y Portugal, obispado de Astorga.

Tierra de Campos se llama una gran llanada enclavada en las provincias de Valladolid y Palencia.

La Bábía y la Ciana son conjunto de pueblecillos de las montañas de su nombre en la provincia de Leon.

Las Jurdes, país montañoso de la provincia de Salamanca, partiendo límites con la de Cáceres.

Llano de Urgel, ó Plá de Urgell en la lengua del país, son pueblos de una gran parte de la provincia de Lérida: el principal es la ciudad de Balaguer, antigua capital del condado de Urgel.

Valle de Aran, situado igualmente en la provincia de Lérida, frontera

de Francia: hay en él varios pueblos, y cerca de ellos hay otro grupo en otro pequeño territorio llamado *la Conca de Tremp*.

El Valle de Ricote, fértil distrito á orillas del rio Segura en la provincia de Murcia, compuesto de varias poblaciones.

La Loma de Ubeda se llama una rica comarca de la provincia de Jaen, donde hay ciudades y pueblos de importancia.

Sierras de Alcaráz, país quebrado y frondoso en la parte meridional de la provincia de Albacete.

Sierras de Segura, de las mismas condiciones y continuacion de aquéllas, pero pertenecientes á la provincia de Jaen.

Sierra de Córdoba, en la provincia de su nombre, con muchos pueblos.

Real Valle de la Alcudia, en la de Ciudad-Real.

Montes de Toledo, en la de su nombre.

Sierra de Francia y Sierra de Gata, reunion de pueblos en los confines de las provincias de Cáceres y Salamanca.

Tierra de Barros, país cálido, llano y fértil en la provincia de Badajoz.

Vega de Rivadeo, pueblos ribereños y playeros en la costa de la provincia de Lugo.

Pudieran citarse multitud de otras subdivisiones no de tanta importancia para los estudios geográficos é históricos, algunos de los cuales mencionaremos á la ligera, advirtiendo que ellas y todas las que an-

teriormente hemos señalado, forman grupos de poblaciones más ó menos importantes.

Merindades de Castilla, Encartaciones de Vizcaya, Condado de Treviño, son agrupaciones de villas y aldeas en los límites de las provincias de Santander, Búrgos y Vizcaya. *La Bureba* también está en la de Búrgos.

La Ribera de Navarra la componen los pueblos de las márgenes del Arga.

Esta misma provincia de Navarra está subdividida en valles: *Baztan, Roncal, Lerin,* etc., en medio de sus ásperas montañas.

Cinco Villas es territorio entre Navarra y Aragón.

Este último antiguo reino se divide en *alto* y *bajo*: las provincias de Zaragoza y Huesca forman el primero; la de Teruel el segundo.

El Maestrazgo es un país quebrado entre las provincias de Teruel y Castellón de la Plana.

Las provincias de Cataluña están

fraccionadas en muchos pequeños territorios que llevan nombres especiales, como el *Vallés*, el *Panadés*, las *Garrigas* y otros. En la provincia de Gerona se halla la importante comarca llamada *la Cerdaña*, fronteriza con Francia.

La Ribera de Valencia la forman pueblos grandes, importantes y ricos.

La Marina es una reunión de puertecitos de la provincia de Alicante, al Oriente.

El valle de Cehegin lo es de risueños pueblos en la de Murcia.

El río Almanzora no es solamente un río, sino que así se llama el conjunto de pueblos fertilizados por él, en la provincia de Almería, en su parte terrestre y oriental.

Finalmente, casi todas las provincias de España se subdividen en porciones con nombres diversos tomados de sus campos, montañas, valles, vegas y ríos, que si tienen interés topográfico, carecen de él en una descripción general del país.

M. M. CABALLERO DE RODAS.

HOMBRES CÉLEBRES.

DON HUGO DE MONCADA.

Entre los hombres célebres de nuestra patria, merece, sin duda alguna, ser colocado el esclarecido don Hugo de Moncada. El teatro en que desempeñó este hombre ilustre su principal papel fué la Italia, duran-

te las agitaciones que la conmovieron á principios del siglo XVI. Fué hijo del noble valenciano D. Pedro de Moncada, señor de Aytona, y desde su primera juventud se dedicó á las armas, pasando á Nápoles en el tiem-

po de expedicion de Cárlos VIII en compañía de otros españoles, alistados, como él, bajo las banderas francesas. El valor, sin embargo, de estos guerreros, no pudo demostrarse con el lucimiento que ellos ansiaban, porque de tal modo les favoreció la suerte, que atravesar la Italia,

apoderarse de Nápoles y terminar su empresa, fué obra de muy poco tiempo.

Moncada fué llamado á Roma por el embajador de España, y en la ciudad eterna fué acogido con la mayor consideracion por el Papa Alejandro VI, que tambien era valenciano,



ý conocia muy bien las grandes dotes del jóven Moncada. Agradecido éste á sus favores, y arrastrado tambien por la vehemencia de su espíritu, acompañó en várias expediciones á aquel César Borjõ, que, cardenal primero, despues caudillo y siempre turbulento y ambicioso, llenó la Igle-

sia de escándalos, y de sangre la Italia entera. Don Hugo, dice uno de sus biógrafos, si no pudo en su escuela aprender á idear aquellos proyectos tan atrevidos y tan vastos, se adiestró al ménos á la osadía, á la agitacion, á la fuerza de genio que manifestó despues, á no desmayar

jamás con los reveses de la suerte, y á no aquietarse nunca, ni vencedor ni vencido.

Pronto volvió, sin embargo, don Hugo de Moncada á Italia, porque la fama del Gran Capitan, y el deseo de servir en las banderas de su patria, le hicieron ofrecer su espada á aquel hombre insigne, cuya fama, como militar, es verdaderamente europea. ¡Qué generales españoles los de aquellos tiempos! Don Hugo admiró el intrépido valor del Gran Capitan en la batalla de Garellano, y desde entónces, unido á la suerte de las armas españolas, fué su vida una continuada serie de fortunas y desgracias. No se vaciló en darle el cargo de gobernador de la Calabria, y en este puesto supo prestar excelentes servicios, conteniendo los perversos designios de algunos malcontentos, y asegurando á Castelvetro contra las intenciones hostiles de los franceses. El Rey Católico D. Fernando no sólo deseó premiar sus desvelos por el brillo de las armas españolas y por el buen nombre de su patria, sino que quiso tener allí un hombre de carácter tan caballeroso como firme, caracteres que abundaban en los antiguos españoles. Nombróle en 1509 virey de Sicilia, y al siguiente año capitan general de aquel reino é islas adyacentes, porque entónces la España no estaba reducida, como ahora, á la Península y algunas colonias, sino que era dueña y señora de los mejores países de Europa y del Nuevo Mundo.

En Sicilia se mantuvo D. Hugo

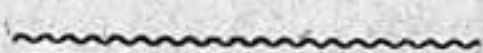
de Moncada á la altura de hombre de gobierno que habia sabido adquirir tan brillantemente. Dominó las intrigas y los alborotos de los sediciosos; deshizo las calumnias de sus émulos, que siempre tiene envidiosos calumniadores el hombre de mérito, y supo sostenerse hasta 1518, en que meditó su expedicion á Argel, habiendo sido ántes nombrado general de las fuerzas marítimas.

No siempre acompaña la fortuna á los hombres políticos. En aquella ocasion le faltó á nuestro D. Hugo, porque por una parte el Rey de Tremecen faltó pérfidamente á sus compromisos, y por otro lado una espantosa tormenta echó á pique la mayor parte de sus bajeles y se malogró tan importante y bien meditada empresa. Pero esta desgracia no le abatió. Muy al contrario. Hay hombres que, cuantas más contrariedades encuentran, mayor brío saben desplegar y mejor saben burlarse de la contraria suerte. Indudablemente de éstos hablará la historia. Pues bien; Moncada se embarca de nuevo y traba desigual combate, en las aguas de Cerdeña, con trece galeras turquescas, cuando él no llevaba á sus órdenes más que ocho. Salió de tan desigual batalla herido en el rostro, pero éstas son las heridas más honrosas. De allí navegó hácia los Gelves, desembarcó sus tropas, y á pesar del desastre que sufrieron las de Diego de Vera, á pesar de otra herida que recibió en la pelea, vence á los bárbaros y hace tributario al xeque de la isla.

Roma, dice uno de sus biógrafos, que le habia visto en su juventud entregado á los placeres, ó siguiendo las banderas del Duque Valentin, le vió despues embajador de Cárlos V, y vencedor de sus Papas en la carrera intrincada de las negociaciones políticas. Clemente VII, tan famoso por su sagacidad, fué un hombre ordinario junto á Moncada, que mirándole contrario á los intereses de su soberano, supo oponer el disimulo al disimulo, el engaño á los engaños, y cavar á sus piés, sin que él lo sintiera, el precipicio en que, cayendo, se vió precisado á abandonar á sus amigos y entregarse á sus contrarios. Estos eran los Colonnas, faccion poderosa que, sostenida por el embajador español y aprovechándose de la inaccion y simplicidad de Clemente, entró á mano armada en Roma, y disipando la miserable guardia que ceñia las casas pontificias, las entregó todas al pillaje. El Papa, advirtiendo tarde su engaño y encerrado en el castillo de Sant Angelo, no tuvo otro arbitrio que abandonarse á la discrecion de Moncada, el cual entonces dictó las condiciones del ajuste con una inflexibilidad y una altivez que espantaron y ofendieron á los romanos.

La muerte del célebre D. Hugo de Moncada ocurrió en 1528, siendo virey de Nápoles. Era aquel reino entonces una provincia española que, por lo sediciosa y turbulenta, necesitaba ser regida por hábiles y enér-

gicas manos. Sólo Moncada podia acudir, con su decision y viveza de espíritu, á las terribles urgencias que por todas partes le acosaban. Encerradas las tropas españolas en la capital, apenas podian sostenerse en ella, y el ejército de Lautrech, que habia perdido la esperanza de forzarlas, habia tomado el partido de bloquearlas, partido tanto más seguro, cuanto que era sostenido por la escuadra genovesa, numerosa y bien pertrechada, que llevaba toda clase de armas y de comestibles al campo sitiador, é impedía que entrase ni un solo mendrugo de pan en la plaza. En semejante compromiso, no podia vacilar un hombre del arrojo y ardimiento de D. Hugo de Moncada. Se arroja con sus escasas naves á la mar, busca las galeras de Filipin Doria, muy superiores á las suyas en fuerza y en pericia, las desafía, las ataca, parece que va á arrollarlas y á enarbolar en ellas el pendon glorioso de Castilla, cuando una bala fementida derriba al general español, y nuestro Moncada fallece, dejando que los enemigos canten victoria. Lograronla, en efecto, los italianos, nuestros enemigos; pero si debieron la victoria á la superioridad de sus armas y de sus maniobras, la intrepidez y el valor heroico de Moncada merecieron el aplauso de la Europa entera. Tenía 50 años cuando murió, pudiendo todavía haber dado grandes dias de gloria á las armas españolas. — JANER.



TERRIBLE HISTORIA DE BARBA AZUL, POR PERRAULT.

(CON GRABADOS DE RICO.)

Hubo en cierta ocasion un hombre tan poderoso, que tenía casas magníficas en la ciudad y en el campo, comia en vajillas de plata y oro, se sentaba en sillas forradas de raso y terciopelo, y se pasaba en carrozas de concha y marfil. Mas, por desgracia, este hombre tenía la barba azul, y esta particularidad le afeaba tanto que las mujeres huian espantadas sólo de mirarle.

Una de sus vecinas, señora tan pobre como encopetada, tenía dos hijas á cual más hermosa. El caballero le pidió la mano de una de ellas, dejando la eleccion á su gusto, pues ambas le parecian bien. No les pasaba lo mismo á las muchachas, que ninguna de las dos se atrevia á tomar por marido un hombre con la barba azul. Además habia otro motivo para retraerlas. Aquel buen señor se habia casado ya con várias mujeres, las cuales no se sabía adónde habian ido á parar.

Barba Azul, con objeto de cautivar poco á poco su ánimo, las llevó, en compañía de la madre y de algunas amigas y amigos de la vecindad, á una deliciosa casa de campo, en la cual pasaron una semana en partidas de caza, bailes, juegos, meriendas y comilonas, dándose tal arte para obsequiarlas y divertir las, que la más

pequeña comenzó á caer en la cuenta de que el dueño de la casa no tenía la barba tan azul como le habia parecido al principio, y que á pesar de todo era un buen hombre.

Apénas volvieron á la ciudad se llevó á cabo el matrimonio.

Pasado un mes, Barba Azul le dijo á su mujer que tenía necesidad de hacer un viaje que duraria próximamente seis semanas, pues se trataba de un negocio importante; pero que durante este tiempo no dejára de divertirse, convidando si queria á sus amigos y llevándolos al campo ó á donde mejor le pareciese.

—Aquí tienes, le dijo, las llaves de los salones. Entra y sal por donde quieras, ábrelo y míralo todo ménos ese gabinete, porque si lo abres, te lo prevengo desde ahora, te haré sentir todo el peso de mi cólera.

Su mujer le prometió obedecerle en todo y por todo, y Barba Azul, tranquilo con esta promesa, se metió en la carroza y emprendió su viaje.

Las vecinas y las amigas no esperaron á que las invitasen para correr á casa de la recién casada. Todas ellas estaban impacientes por curiosar las cosas de la casa, y no habian ido ántes porque la barba azul del marido les inspiraba miedo.

No se cansaban de celebrar cuanto

veían, envidiando la suerte de la recién casada ; pero ésta, sin prestar atención á los elogios ni fijarse apenas en aquellas riquezas, sólo sentía deseos de ver el gabinete del corredor bajo. Y tanto y tan fuerte le apretó este deseo, que vencida por la curiosidad y sin tener en cuenta que no estaba bien en una persona regularmente educada dejar solas á las

visitas, se dirigió al piso bajo por una escalerilla excusada, con tal precipitación, que dos ó tres veces se pisó el vestido y estuvo á punto de romperse la cabeza.

Ya en la puerta del gabinete se detuvo un momento pensando en las amenazas que le había hecho su marido ; pero pudo más la curiosidad que el miedo, y aunque temblándole



— Aquí tienes, le dijo, las llaves de los salones (pág. 215).

la mano, dió una vuelta á la llave y abrió de par en par las puertas.

Al principio nada vió, porque las ventanas estaban cerradas ; pero pasados algunos momentos comenzó á distinguir y ver que el suelo estaba todo cubierto de sangre cuajada, en la cual se reflejaban como en un lago

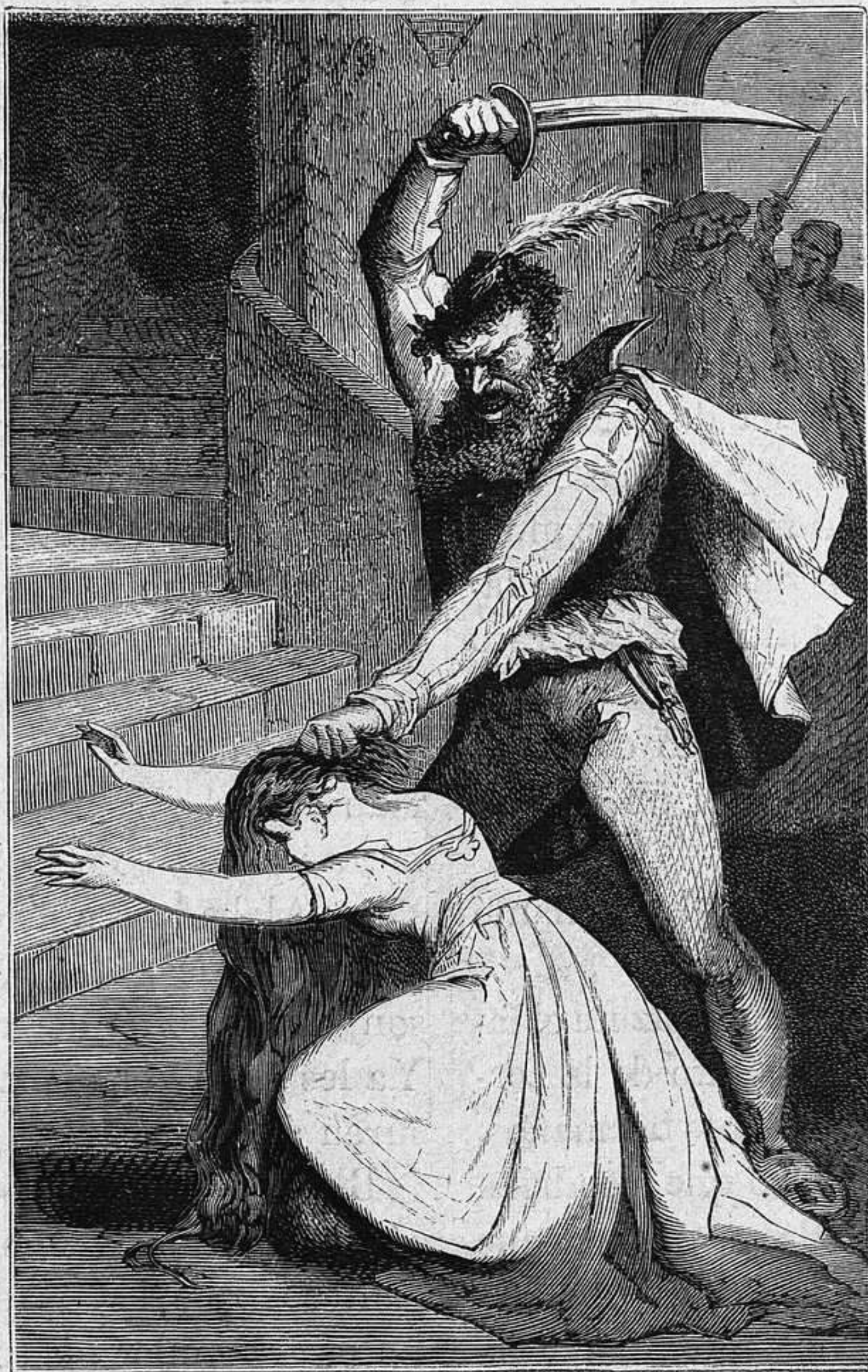
rojo los cuerpos de una multitud de mujeres muertas y colgadas del pelo á lo largo de la pared : aquéllas eran las mujeres con quienes se había casado Barba Azul y á las cuales había degollado una tras otra.

Cuando logró sobreponerse al miedo que embargaba sus sentidos, re-

cogió la llave, cerró la puerta y subió á la habitacion, á fin de serenarse ; pero tan conmovida estaba que no le era posible. Reparando que la llave del gabinete se habia manchado de sangre la pasó por cima dos ó tres veces el pico del pañuelo ; pero

la sangre no desaparecia, porque la llave estaba encantada y no habia forma de dejarla limpia ; si se quitaba la sangre de un sitio al momento salia en otro.

Barba Azul volvió de su viaje aquella misma noche, diciendo que



Y echándole una mano á los cabellos..... (pág. 218).

habia recibido cartas en el camino, en las cuales le anunciaban que el negocio por que abandonó su casa se habia terminado felizmente.

Al dia siguiente, el marido la pidió las llaves, y ella se las dió ; pero

tan turbada y temblorosa, que no necesitó ser muy lince para comprender cuanto habia pasado.

—¿ Por qué no está la llave del gabinete con las otras ? la preguntó.

—Sin duda me la habré dejado ol-

vidada sobre la mesa, le contestó la mujer.

—Pues dámela cuanto ántes, dijo Barba Azul.

Barba Azul la cogió, y luégo que la hubo mirado un rato, dijo á su mujer :

—¿ Por qué está manchada de sangre esta llave ?

—No lo sé, respondió la pobre muchacha más pálida que la muerte; y se arrojó á los piés de su marido llorando y pidiéndole perdon con marcadas muestras de arrepentimiento.

—Es preciso morir, señora mia, le dijo Barba Azul, y ha de ser ahora mismo.

—Ya que he de morir, respondió ella levantando sus ojos llenos de lágrimas, concédeme al ménos un rato para encomendar mi alma á Dios.

—Te doy medio cuarto de hora, dijo Barba Azul; pero ni un instante más.

Cuando la pobre se vió sola llamó á su hermana y la dijo :

—Ana, hermana mia, hazme el favor de subir á lo más alto de la torre á ver si vienen nuestros hermanos, que me han prometido que vendrian hoy, y si los ves hazles señas para que apresuren el paso.

Ana subió á lo más alto de la torre, y la infeliz condenada á muerte le gritaba de cuando en cuando :

—¡ Ana, hermana mia! ¿ Ves venir á álguien ?

Y su hermana la respondia :

—« No veo más que el sol que chispea y los trigos que verdean. »

Entre tanto Barba Azul, que tenía

en la mano un cuchillo enorme, gritaba con todos sus pulmones :

—Baja pronto ó subo por tí.

—Voy al momento, le respondia su mujer.

Y en seguida volvia á exclamar :

—¡ Ana, hermana mia! ¿ Ves venir á álguien ?

—« No veo más que el sol que chispea y los trigos que verdean. »

—¿ Bajas pronto ó subo por tí? continuada gritando Barba Azul.

—¡ Ya voy! ¡ Ya voy! contestaba su mujer.

Y en seguida exclamaba :

—¡ Ana, hermana mia! ¿ Ves venir á álguien ?

—Veo, respondió Ana, una gran polvareda que se levanta en el camino.

—¿ Son nuestros hermanos ?

—¡ Ay de mí! ¡ No son ellos, hermana mia! ¡ Es un rebaño de carneros !

—¡ Alabado sea Dios, añadió un momento despues, ya los conozco, son ellos, son nuestros hermanos! Ya les hago señas para que se apresuren á llegar.

Barba Azul, desesperado, comenzó á dar entónces unos gritos tan espantosos que hacia temblar la casa. La pobre mujer no tuvo más remedio que bajar y arrodillarse á sus piés, desmelenada y llorosa.

—A mí no me vengas con llantos, dijo Barba Azul, no hay más remedio que morir.

Y echándole una mano á los cabellos y levantando el cuchillo en el aire se preparaba á cortarle la cabeza.

La pobre mujer se volvió hácia su marido, y mirándole con ojos extrañados por el terror, le pidió un instante más para rezar un poco.

—No, no, exclamó el verdugo; ya te has encomendado bastante á Dios; y levantando el brazo.....

En aquel mismo momento dieron tan fuerte porrazo en la puerta, que Barba Azul se quedó inmóvil como una estatua.

Sonó otro segundo golpe todavía más fuerte, la puerta saltó hecha astillas, y se vió entrar de repente á dos caballeros, que sacando las espadas se fueron derechos á Barba Azul. Éste reconoció al momento á los dos hermanos de su mujer, de los cuales uno era coracero y el otro de la guardia real, y reconocerlos, y echar á correr, todo fué una misma cosa; pero los dos hermanos se dieron tal prisa á seguirle, que lo alcanzaron ántes de llegar á la puerta, y atravesándole de parte á parte con un espadon le dejaron muerto. La pobre

mujer, que no sabía lo que la pasaba, apénas tuvo fuerzas para levantarse y abrazar á sus salvadores.

Y no fué esto lo mejor del caso, sino que como Barba Azul no tenía herederos, su mujer se encontró dueña de todos sus bienes, los cuales empleó parte en casar á su hermana con un caballero que la queria desde mucho tiempo ántes que esto sucediera, y parte en comprar las charreteras de capitan á sus dos hermanos.

En cuanto á ella, gastó el resto en procurarse un nuevo marido, honrado á carta cabal y bueno hasta dejárselo de sobra, con el cual vivió en paz y gracia de Dios, dando al olvido los malos ratos que le habia hecho pasar el difunto Barba Azul.

Es la curiosidad placer tan vano,
Que apénas satisfecho el goce acaba,
Y ese goce que á un tiempo nace y muere
Suele costar la eternidad de lágrimas.

Por curiosa perdió Eva el paraíso,
Por curiosa Pandora abrió la caja,
Y la curiosidad pierde en el mundo
A muchos papanatas.

EL PERRO ALADO,

CUENTO

POR MAD. GIRARDIN.

(Continuacion.)

IX.

Enrique, al llegar á su casa, llevaba el corazon alegre, pero al mismo tiempo iba preocupado. Es verdad que no se posee una maravilla sin te-

ner ciertas inquietudes, porque lo que tiene mucho valor siempre está en peligro.

La señora de N. en cuanto vió á su hijo corrió á abrazarle.

—Al fin te vuelvo á ver, le dijo,

ya estaba inquieta con tu larga ausencia. ¿Te has divertido mucho? ¿qué has hecho en casa de la Princesa?

Enrique se turbó al oír esta pregunta, porque no podía responder con franqueza.

—He almorzado.....

—¿Y despues?... No habrás estado almorzando todo el dia.

—He tomado té y café.

—¿Desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde! Habrás tomado lo ménos veinte tazas.

—¿Oh! no, no hemos estado almorzando todo ese tiempo; hemos estado paseando por el jardin..... He jugado mucho..... he corrido.....

—¿Qué perro es ése? dijo la madre de Enrique, ¿es el que has escogido?... ¡qué feo es!....., hijo mio, la Princesa se ha burlado de tí.



Y atravesándole con un espadon, le dejaron muerto (pág. 219).

Enrique no podía contar todos los talentos de su perro; habia hecho firme propósito de no hablar á nadie de él, pero cuando oyó á su madre, casi no pudo contenerse, y exclamó:

—¿Si le viérais..... correr, mamá! no le encontraríais tan feo..... ¡Tiene tanta inteligencia!.... Es un perro tan extraordinario, que estoy seguro que no hay otro igual.

—¿Oh! no tengas cuidado, no

pienso buscarle el parecido, tengo bastante con él. Y la señora de N. se puso á reir de la estrambótica figura del perro.

Enrique sufría muchísimo al ver que se burlaban de su perro, de aquel perro tan maravilloso, y cuyo mérito no podía dar á conocer.

¡Oír despreciar á un animal, digno de la admiracion de todo el mundo! Su amor propio sufría por aquel pobre perro á quien tanto queria, con

el cual habia recorrido el espacio. ¡Dejar que lo insultáran, era imposible!

—Vén, mi buen Fénix, dijo Enrique, dirigiéndose á su perro; vén á mi habitacion, en donde nadie se burlará de tí.

—¡A tu habitacion! exclamó la madre de Enrique, á la cuadra habrás querido decir.

—¡A la cuadra! repitió Enrique indignado. ¡Llevar á la cuadra á un perro que!.... Al pronunciar estas palabras se detuvo, pues comprendió que iba á hacer traicion á su secreto, pero el dolor y la indignacion le sofocaban y se echó á llorar.

Su madre tuvo lastima de él, y le dijo:

—Vamos, no llores más; llévalo á tu cuarto si quieres, y vamos á comer.

Enrique algo consolado con estas palabras, se llevó á Fénix á su habitacion y volvió al cabo de un momento para sentarse á la mesa.

X.

Enrique comió con mucho apetito, pero no cesó de atormentarle una idea; se le habia olvidado preguntar á la Princesa si habia de dar de comer al animal como si fuera un perro, ó como si fuera un pájaro.

Cuando más entregado se hallaba á estas reflexiones, oyó un gran ruido en la casa; todos los criados gritaban:

—¡Tunante! ¡Ladron! y otros epítetos por el estilo.

La señora llamó á los criados

para enterarse de lo que ocurría.

—Señora, le dijeron, es el cocinero, que está furioso porque el perro del señorito Enrique le acaba de robar dos chuletas.

—¡Qué felicidad! exclamó Enrique; ya sé lo que le gusta.

—Si me lo hubieras preguntado, yo te lo hubiera dicho sin necesidad de esta prueba, dijo riéndose la señora.

Enrique, viendo que perseguían á su perro, le fué á buscar y le condujo de nuevo á su habitacion, cuya puerta cerró para que no pudiera volver á escaparse.

Conociendo ya cómo mantendría á su perro, no volvió á pensar en tratarle como á un canario.

Con gran impaciencia esperaba Enrique la llegada del otoño; por fin empezó á ver disminuir los días, gracias á lo cual podría viajar por los aires sin temor de ser visto.

La Princesa le habia recomendado que no se elevára durante el día, á no ser en su palacio, y áun así, sólo en la pradera en donde estaba el pabellon chinesco. En aquel sitio, protegido por la hada, estaba al abrigo de todas las miradas; pero en otra parte cualquiera hubiera sido peligrosa la ascension.

Enrique se iba todas las mañanas al palacio de la Princesa, seguido de su perro, no sin oír decir del maravilloso animal mil cosas que no le hacian mucho favor, cuando pasaba por junto á algunos aldeanos.

Pero Enrique se olvidaba de todas las injurias en el momento en que,

llegando al castillo de la Princesa, se elevaba por los aires, quizás porque así no podía oirlas.

Poco á poco se acostumbró á ver su desconocido y extraordinario tesoro, del cual tan sólo él conocía el valor, y ya no le pareció sino un animal muy cariñoso y complaciente.

XI.

Luis, el compañero de Enrique, era esperado en el palacio, su escopeta había llegado ya con el equipaje de su tío, que iba también á pasar una temporada á casa de aquella señora.

Enrique, al saber la noticia de que su amigo, al que tanto había envidiado porque tenía una escopeta y botas altas, iba á llegar, se sorprendió al ver que no sentía ni la más pequeña alegría, y era porque temía que Luis, que era muy burlon, se riera de su querido Fénix.

Cuando una cosa nos agrada y tememos que nuestros amigos no sean de nuestro modo de pensar, es porque nuestros amigos no nos quieren como nosotros nos figuramos, porque si no se apresurarian á darnos la enhorabuena por aquello que nos agrada. Enrique tuvo una gran prueba de esta verdad.

Su madre aborrecía los perros, había encontrado muy feo el de su hijo, pero desde el mismo momento en que había visto el cariño que éste tenía á Fénix, le había tratado con la mayor bondad, y cuando Leon estaba delante le acariciaba y le daba

dulces. ¡Es verdad que una madre es capaz de hacer cualquier cosa por un hijo!

No sucedió lo mismo con Luis. Cuando llegó empezó á hablar de su escopeta, después vió al perro y dijo:

—Cuando vaya de caza me prestarás este perro, ¿no es verdad? ¡Y por cierto que es bien feo!

—No, respondió Enrique, no sabes todavía tirar y podrias matarle. No te lo confiaré.

—Sería una lástima, dijo Luis, y desde entonces no dejó ni un instante, desde por la mañana hasta por la noche, de insultar al pobre perro, que ni siquiera se dignaba mirarle.

Enrique conoció entonces que Luis no era su verdadero amigo, puesto que tanto placer tenía en atormentar á aquel animal á quien él tanto quería.

El buen Fénix y Enrique sufrían las persecuciones de Luis con tanta más paciencia, cuanto que tenían mil medios de vengarse. Todos los días se iba de caza Luis por la mañana, y por lo regular volvía por la tarde, triste y disgustado por no haber cazado ni siquiera un pajarillo.

Enrique, por el contrario, todos los días volvía con perdices y faisanes. Había descubierto en un bosque vecino una infinidad de pájaros. Allí se ocultaba Enrique, después de salvar torrentes y precipicios montado sobre su perro, y cuando una perdiz ó un faisán alzaba el vuelo, Fénix lo perseguía, y bien pronto caía en las manos de Enrique.

Esta caza al vuelo divertía á En-

rique más que nada, y le gustaba mucho más que pasear por el río en un bote con Luis, que no hacia más que echarle agua en la cara mientras duraba el paseo, y el cual se ponía muy alegre si conseguía dar un buen remojo en el río á su amigo.

Luis estaba, como se pueden figurar mis lectores, muy envidioso del éxito que obtenía Enrique en la caza, y éste, desconfiando de él, no hablaba de los faisanes que había muerto sino cuando los sacaban á la mesa ya aderezados.

Y en efecto, si Luis los hubiera visto cuando su amigo los traía, hu-

biese notado que no tenían señal de perdigonada ninguna, y habría concebido sospechas peligrosas para el perro alado.

La amabilidad de Enrique no era ménos digna de envidia que su destreza, y cada día tenía que sufrir Luis mil nuevos elogios que hacían de su amigo. Era imposible ver á Enrique sin quererlo. Desde que poseía un secreto importante, todo su carácter había cambiado; la continuada presencia de espíritu que exige un misterio que hay que ocultar, había fortificado su razón más que si hubieran transcurrido diez años.

(Se continuará.)

COSTUMBRES POPULARES.

En algunos pueblos de Vizcaya, particularmente en Balmaseda, en vez de pedir los niños para la Cruz de Mayo, como en la generalidad de España, tienen la costumbre siguiente: Se convienen unos cuantos niños, que el mayor no pasa de diez años, en *hacer un San Felipe y Santiago*, para lo cual, ocho días ántes del fijado, se dedican á pedir á las señoras conocidas de sus familias flores y cintas, que van depositando en casa de la madre ó hermana de alguno de ellos, que se ha prestado á confeccionarles las gorras de papel y *vestirles*

el santo. Este no importa sea San Antonio, la Purísima Concepción ó el Ángel de la Guarda, como sea pequeño y puedan resistir su peso los débiles hombros de los cuatro niños que han de llevarle en andas.

El 1.º de Mayo á las seis de la mañana se presentan todos muy peinados y con los trajes de fiesta en casa de la que les ha vestido el santo, á la que ya tienen aburrída y ha hecho propósito de no comprometerse otro año; y poniéndose con mucha algazara las gorras de papel picado en forma de mitra, toman los cuatro

mayores al santo, colocando debajo al más pequeño, que toca una campanilla. Los dos más descarados se dedican á pedir, acosando á todo el

que pasa y subiendo á casa de los conocidos, y los demas se colocan detras, cantando esta cancion, con una música muy característica:



San Felipe y Santiago,
El primer dia de Mayo.

San Felipe y San Gil,
El tercer dia de Abril.

¿Qué teneis con San Antonio,
Que tanto os acordais de él?....

San Antonio está en el cielo.
¿Quién estuviera como él?

La Cruz de Mayo.
La Cruz de Abril.

Así recorren la poblacion, siendo

la envidia y admiracion de los demas chicos.

Con el dinero que sacan, les disponen para el domingo siguiente *una meriendilla*, á la que son muy aficionados en aquel país, y de la que salen muy contentos, prometiendo volver á hacer al año siguiente otro *San Felipe y Santiago*.